

Querida compañera y, a la vez, amiga:

Contigo me he dado cuenta que la vida a veces te hace regalos inesperados en forma de personas. Personas que llegan, y que ya nunca más se van.

Qué bonita profesión, la tuya. Y qué dura, a veces.

Me conociste cuando estaba allí abajo, en el dolor de un diagnóstico devastador y en la agonía de un pronóstico incierto. Perdóname si no recuerdo la primera vez que te vi, ni cuáles fueron tus palabras exactas hacia mí en ese momento. La tristeza y la angustia de no entender lo que sucedía, ni por qué sucedía, eran demasiado grandes como para recordar nada de aquellos días. *¿Por qué a mí?* En mi cabeza solo había imágenes grises y lágrimas y, en mi corazón, pena: mucha pena. Una pena que nunca había sentido, una pena profunda, una pena que llegaba a doler ahí dentro, en el fondo, en un lugar tan hondo que ni siquiera sabía que existía dentro de mí.

Y en medio de ese valle de lágrimas, estabas tú que, sin saberlo, te convertiste en la balsa que me mantenía a flote. Sin rumbo todavía, pero a salvo. Porque en ese momento solo necesitaba sentirme acompañada y cuidada. Solo eso: acompañamiento y cuidado en un momento en el que descubría la fragilidad de la vida, esa vida que en nuestra ignorancia mundana damos por sentada. Con tu mirada silenciosa me decías todo lo que necesitaba oír en aquellos momentos: que estabas ahí.

Aquellas semanas todos los pasillos eran igual de largos y lúgubres, todas las consultas igual de vacías y frías... excepto cuando estabas tú. Un aura comenzó a rodearte y saber que te encontraría en cada cita era el único motivo para sacar fuerzas y pensar que quizás sí valía la pena luchar, que a lo mejor sí tenía sentido. Confié en ti, y me aferré a la vida. Contigo.

Desde entonces, lo que desconoces y ahora te confieso es que antes de entender lo que me decías, cada vez que me hablabas tus palabras reposaban primero en mi corazón, y lo apaciguaban en su interna agitación. Y luego, solo

cuando mi cabeza se sentía capaz de comprenderlas, iban a mi mente, y allí las procesaba con lentitud... porque tu voz era en sí misma terapéutica para mí. Si el cielo tiene un sonido, es el de tu voz. Tampoco eres consciente de que cada vez que me explorabas, cada vez que tus manos me rozaban... no era mi piel lo que tocaban, sino mi alma el que se sentía acariciado por tus conocimientos y tu experiencia. Más aún, cuando con aquel ecógrafo mirabas mi interior no eran órganos ni estructuras lo que tenías ante ti: eran mis propios sentimientos. Porque no, no medías tamaños ni vascularizaciones; medías mi duelo y mi esperanza; mi tristeza, pero también mis ganas de vivir.

Gracias porque supiste ver más allá de la enfermedad y me viste a mí. Interpretabas mis análisis y mis pruebas a la par que te adelantabas a resolver mis dudas. Me mirabas a los ojos y a través de los ojos, y me hablabas con claridad. Y estabas, sobre todo estabas. Nunca podré cuantificar el papel que tuviste en mi recuperación. ¿Cómo graduar el respeto a los tiempos de cada persona, el calor humano desprendido en cada visita? ¿Cómo evaluar el amor que transmitías y la impronta que me has dejado? Aún hoy miro hacia atrás y me asombro al descubrir lo importante que has sido en todo este proceso de sanación.

Te defines como médico, pero eres mucho más que eso. O, mejor dicho, lo eres sí; pero en el sentido más amplio y humano que la palabra "médico" puede entenderse. Cómo me gustaría decir a los pacientes del Hospital de Fuenlabrada la suerte que tienen de que trabajes allí. Pero tranquila, que guardaré tu secreto y a nadie le diré que he descubierto el motivo por el que llevas esa bata blanca. Y es que, en realidad, lo haces para ocultar esas grandes alas que te conectan con otra realidad: la de ser esa especie de Ángel de la Guarda que cuida de las personas, más allá de lo médico y lo corporal, en un plano etéreo y paralelo; en un plano sentimental que solo unos pocos alcanzan a descubrir y valorar.

Gracias una vez más, por ser cuando había que ser; y por estar, sobre todo por estar.